

CARLOS JOAQUÍN DURÁN

# Entender a papá



**Ella**

No es necesario que mi mujer sea psicóloga para que se dé cuenta; mis síntomas son evidentes: entro a casa tenso. Beso formal y rápido, saludo seco a los hijos que me pescan al vuelo. Me planto en la puerta de la cocina, la miro. Ella saca botellas de la heladera y baja el fuego de una olla con agua. De pronto se vuelve y me mira a los ojos. Me ve plantado como una estaca, seco, mirándola.

—*Qué hiciste de comer.*

—*Este... ¿vos querías algo en especial?*

—*Te pregunto qué hiciste y punto.*

¿No se da cuenta que tengo tormenta, ganas de matar a alguien, o mejor, ganas de ser otro? La veo cómo se atropella; me ve venir en franco son de guerra y estoy seguro de que ella no quiere pelea. Ella siempre dice que el mejor recreo del día es cuando llego.

—*Te digo qué hiciste de comer.*

Intenta abrazarme. Me muevo y la evito. Veo su cara cansada, pero yo rebalso rabia, frustración. ¿Por qué no entiende?

—*Arroz con manteca y queso... no sé si...*

—*¿Y nada más?*

—*... Y salchichas, mi amor... y si querés te hago huevos fritos...*

—*Te gastaste cocinando.*

—*...o huevos duros... o abro una lata de arvejas... no sé...*

—*Dejate de macanas.*

—*¿Una salsa...? ¿Una lata de caballa?*

Sé que la cabecita de ella está funcionando a mil; busca la manera de aflojarme, de hacerme bajar la artillería. Pero yo, yo estoy en todo mi derecho y obligación de estar furioso. ¿Por qué ella siempre me quiere hacer aflojar? ¿Por qué siempre busca pasarme la mano por el lomo? ¿Qué soy, yo? ¿Un nene? Doy media vuelta y desplazo un aire borrascoso.

—*Adónde te vas, mi amor...* —dice ella y sale detrás de mí.

—*La comida ya va a estar, dos minutos a lo sumo... ¿Por qué te vestís de nuevo? ¿Vas a salir a esta hora?*

No contesto. Quiero, necesito lastimarla. Reviso mi billetera y enfilo para salir de nuestro dormitorio.

Pero ella se interpone.

—*Ah, no. Te esperé todo este santo día... No me dejes...* —y trata de abrazarme. Yo respiro agitado. Necesito patear paredes, dar trompadas, gritar, derrumbarlo todo, amargarlo todo.

—*No seas cargosa. Dejame en paz.*

Pero ella arremete. No tiene otro remedio ni otra arma que su amor; hacerse chiquitita y acurrucarse contra mi pecho lleno de

palpitaciones. Ella —tiene olor a comida— me pasa los brazos. Sus brazos... bajo el saco; ha cerrado los ojos.

—Yo te quiero...

—No estoy para chistes. Soltá.

—Te quiero, te quiero, te quiero...

—Bueno. Yo también pero dejame en paz.

—Te amo y me devuelven este marido lleno de lastimaduras, todo gastado, ¡malgastado! y exasperado, con ganas de romper lo único que se mantiene en pie en este mundo...

—Soltame...

—Te amo, amor, y mirá: no me importa todo este día dale que dale con las compras, la plancha, el escobillón, el lavarropas, la cocina y los chicos. Todo esto tan terrible y repetido sólo tiene sentido cuando volvés.

—Cuando vuelvo...

—Sos mi esposo que llega, y yo te necesito para dejar de ser la fregona y convertirme en la esposa, la señora de la casa. Aunque estés hecho un sobreviviente y no sepa qué te hicieron.

Mientras ella me habla se ha ido acurrucando más y más contra mi pecho. Es como si le estuviera hablando a mi corazón y lo fuera sosegando poco a poco. Me vienen ganas de levantar los brazos para abrazarla. Pobrecita, con este olor a comida.

Ahora está callada.

Al fin hablo despacito, quebrado, y la abrazo.

—Mañana, ¿sabés? Mañana voy al laburo y les canto cuatro verdades. Ya van a ver quién soy yo... Qué se creen, ¿eh? ¿Qué somos descartables, como un fósforo usado?

Ellos se ofenden de nada, ¿y nosotros? ¿Nosotros no tenemos dignidad? ¡Ah, si pudiera mandarlos a freír papas, irme al demonio y borrarame para siempre...! ¡Ser libre, libre...! ¡No tener ni una responsabilidad...!

Despacito soy yo de nuevo. Este hombre-niño que vuelve de la selva lleno de cicatrices y mordazas morales.

Ella me habla.

—Sí, mi amor... en cierto modo, la vida de las amas de casa se desarrolla con más... seguridad. Nadie nos va a rebajar el sueldo, podés estar seguro... Nadie nos va a echar... Podemos decidir lo que vamos a hacer, lo que podemos dejar para otro día... ¡No tenemos cerca a un traidor chupamedias del jefe que nos mueva el piso...! Por eso podemos entender las rabietas de los hijos y las penas del marido.

—Nosotros tenemos que repetir como autómatas...

—Y nosotras podemos decidir si hoy no se barre, o si descolgamos las cortinas, o limpiamos el horno. Ustedes dependen del dinero que hay que traer a casa; dependen de seres a los que no aman... Hay que tragar el sapo, callar, aguantarse...

—Eso. Tragar. Tragar veneno sin acusar recibo...

A esta altura estamos abrazados. Somos dos náufragos en un mundo arrasado por la mera razón, los números, los incendios y las inundaciones financieras.

Los hijitos se asoman al cuarto. Metidos en sus pijamas, nos miran sin entender muy bien lo que sucede. Los dos mayores miran y callan. Pero el menor no puede permitir que mamá y papá estén abrazados, de modo que viene y se instala entre los dos como una cuña.

Hay que postergar la confesión; la seguiremos otra vez. Ojalá. Levanto al menor de todos, lo lanzo por el aire y esto opera como permiso para que los otros dos se larguen al cuarto matrimonial.

—*¡A la cama grande...!*

—*¡Lucha...!*

—*Papi, ¿dale que vos eras el indómito...?*

Acaba de borrárseme el fardo que traía; ahora soy un potro salvaje en cuatro patas sobre la cama. Las riendas son mi corbata. Los estribos son los bolsillos del saco.

Desde la cocina, la voz de ella grita divertida:

—*¡Tu traje nuevo...!*

(Mi traje nuevo es el que usé para el civil, cuando nos casamos...).

—*Papi, ¡un cuento...!*

Apago la luz del cuarto; nos acomodamos en la cama y viene el cuento.

—*Había una vez un hombre que tenía una familia. Vivían en el medio de la selva, y el hombre salía a cazar, y a pelear con las fieras. A veces la familia lo veía llegar cansado de pelear contra los tigres y los elefantes... y por eso... por eso le inventaban fiestas de dos centavos, fiestas de porque sí, fiestas de nada...!*

—*A comer...* —llama ella desde la cocina.

El cuento llega rápidamente al desenlace. Voy hacia la mesa llevando al menor sobre los hombros, y a los otros cada uno sobre uno

## ÍNDICE

Ella	9
De ellos	17
La latita	23
Entrar en familia	25
Cómo es morir	29
Salvando las distancias	33
El subterráneo	39
Irse	43
Pertenecer	47
Aniversario	49
Sábado	55
Jueves	57
Cosas	61
Los nunca	63
Chola	65
El insufrible	69
La carne espiritual	73
Los modelos	75
Familia	79
Aprendiendo	83
Resucitando	87
Queríamos de veras	95
Los viernes	99
Las claves	103
Hijo querido	107
Los cuerpos	111
De compras	113
Segunda adolescencia	117
La oportunidad	121
En las malas	123